



El futuro se anuncia sombrío para miles de familias del Nordeste brasileño, donde las sequías cíclicas acentúan la pobreza generada por la desigualdad de distribución y propiedad de los recursos. La sequía de comienzos del decenio de 1980 provocó un brusco incremento de la tasa de mortalidad de infantil. Hoy en día, la población ha aumentado y ante la amenaza de la sequía son muchos más los pobres cuya supervivencia pende de un hilo.

Enfoque 7 - Lesotho, Sudáfrica y Zambia ponen coto a la sequía

Subsistencia y supervivencia

Los factores que contribuyen de manera más decisiva a la vulnerabilidad en Lesotho son la topografía montañosa, las temperaturas extremas, la erosión del suelo, la agricultura de subsistencia, el desempleo y la fragilidad de la economía, que oscila en función del volumen de las transferencias remitidas por los trabajadores que emigraron a Sudáfrica. Durante la sequía, que en Lesotho comenzó entre 1990-1991, la evolución de estos factores determinó que las familias subsistieran sin grandes apremios o sufrieran de hambre y miseria.

En general, la pobreza es patente en las zonas rurales de Lesotho y extrema en los distritos montañosos. Respecto a los ingresos de las familias urbanas, los de las familias de las zonas de montaña son un 66% inferiores y los de las familias de las zonas rurales un 50%. El factor más determinante de la agudización la pobreza en las montañas, tal vez sea la proporción menor de trabajadores migrantes procedentes de esas zonas, situación que se ha visto agravada por la reducción de personal en las minas de Sudáfrica, medida que se ha ido generalizando.

La economía rural de Lesotho depende mucho del trabajo de los emigrantes y de la agricultura de subsistencia, y la mayoría de las familias pasan de uno a otro de estos sistemas complementarios en distintas épocas del año. En los meses ulteriores a las cosechas (a partir de mayo), la gran mayoría de la población rural abandona provisionalmente las actividades generadoras de ingresos en metálico para subsistir con el producto de las mismas. Luego, las van retomando a medida que merman las reservas. Las familias más pobres que participan en este ciclo logran a duras penas producir alimentos para su propio consumo durante un breve período.

A diferencia de otros países que dependen de la agricultura de subsistencia, en Lesotho el período más propenso a las crisis es el ulterior a las cosechas. Debido al relieve montañoso del país, en condiciones de mal tiempo las comunidades pueden encontrarse rápidamente aisladas de los servicios esenciales y los mercados. Para colmo,

estas zonas están continuamente expuestas a los efectos de la sequía, a granizadas y heladas precoces que ponen en peligro la seguridad alimentaria.

La subsistencia de las familias rurales depende en gran medida de las transferencias de fondos, provenientes principalmente de los emigrantes que trabajan en las minas de Sudáfrica. Con este dinero los granjeros compran los insumos agrícolas esenciales para garantizar una buena cosecha. Una de las cuestiones más arduas en la evaluación de las necesidades de asistencia de las familias, y la consecuente planificación de la distribución, reside en establecer un método idóneo que permita calcular los ingresos que cada familia recibe de los trabajadores emigrantes. Algunos estudios recientes demuestran que las viudas, los mineros jubilados, los discapacitados y los ancianos son los más desfavorecidos. Pero tras los despidos masivos de mineros en los últimos cinco años, el número de familias en situación de vulnerabilidad extrema ha aumentado a un ritmo vertiginoso.

En las montañas, al problema de la pobreza se suma el deterioro del medio ambiente y las dificultades de acceso. Sin bestias de carga, es imposible trasladarse debido al mal estado de los caminos, a las laderas escarpadas y a las grandes distancias de una aldea. Durante la sequía, estos inconvenientes se transformaron en obstáculos prácticamente infranqueables cuando hubo que transitar por esos parajes para llevar suministros a las aldeas más remotas.

Además de estar expuestas a la sequía, las comunidades rurales deben afrontar el peligro que representan las violentas tormentas de nieve. En los meses de invierno (junio y julio) las nevadas no ocasionan mayores daños, puesto que la población está preparada para soportarlas. En cambio, si nieve en octubre se desencadena un desastre porque se pierde el ganado y los cultivos, y las crecidas interrumpen las comunicaciones e impiden el acceso a las localidades, dificultando el suministro de socorros y asistencia. Mientras permanecen aislados, los aldeanos no tienen otras alternativa

que consumir las reservas alimentarias que en épocas normales hubieran guardado para los meses previos a la cosecha, junto con las semillas destinadas a las siembras de verano.

Reducir la vulnerabilidad en Lesotho es tarea multifacética que abarca la conservación de los suelos a fin de frenar la degradación del ambiente; la consolidación de las reservas alimentarias de los habitantes de las montañas; y mejora de las comunicaciones y del acceso por carretera a las zonas más expuestas a fenómenos cíclicos como las sequías o las tormentas de nieve.

La erosión del suelo es un problema grave. Los organismos estatales y las ONG obran en estrecha colaboración con las comunidades vulnerables para poner freno a la erosión resultante del pastoreo excesivo y de la aplicación de técnicas de cultivo deficientes. Existe la acuciante necesidad de impartir educación, formular políticas de utilización del suelo y ofrecer incentivos que motiven a los campesinos a rehabilitar y proteger el medio ambiente con miras a un aprovechamiento sostenido.

Asimismo, es prioritario consolidar la seguridad alimentaria en las zonas de montaña, para que las comunidades adquieran una mayor autosuficiencia, y fomentar actividades generadoras de ingresos viables y duraderas que permitan compensar la pérdida progresiva de las remesas de fondos enviadas por los mineros emigrantes.

Las mejoras de la infraestructura de las zonas de gran riesgo, fundamentalmente de las carreteras y de las redes de comunicaciones, permitirán reducir bastante la vulnerabilidad de las comunidades. A su vez, la mejora de los servicios e instalaciones esenciales en puntos claves del territorio, clínicas convenientemente equipadas, por ejemplo, contribuirá a reducir la vulnerabilidad individual.

Durante largo tiempo, los habitantes de las montañas de Lesotho han debido soportar el rigor del clima y el aislamiento. Crece el interés por contar con pronósticos meteorológicos más acertados, que permitan difundir avisos y adoptar medidas preventivas en el momento oportuno.

Reducir la vulnerabilidad en Lesotho es tarea compleja. Ahora bien, las

medidas enumeradas fortalecerá la capacidad de resistencia de las comunidades ante los reiterados peligros que entrañan la sequía y las tormentas de nieve

La situación de los pobres del campo

La condición singularmente vulnerable de los habitantes de las zonas rurales de Sudáfrica se debe a una serie de factores: repartición desigual de la tierra y la riqueza; concentración de los servicios de salud, educación y demás a disposición de un pequeño sector de la población; marginación política y económica de los sudafricanos de raza negra, que constituyen la mayoría de la población.

En las comunidades rurales, esta combinación de pobreza, acceso limitado a los servicios esenciales y desempleo generalizado agravó las consecuencias de la sequía del año pasado. Además, los efectos devastadores de la sequía en el sector agrícola generaron una drástica reducción del personal en las explotaciones agropecuarias, contribuyendo al aumento del desempleo. En Sudáfrica, perder el puesto de trabajo implica dejar la vivienda, por lo que los despedidos no tuvieron más alternativa que trasladarse a las inmediaciones de ciudades y pueblos en busca de otro puesto y cobijo.

Se calcula que este fue el caso de 300.000 obreros agrícolas que se sumaron a los superpoblados e insalubres asentamientos de ocupantes ilegales de los cinturones urbano. Como ocurre en otros países, muchos están situados en zonas expuestas a diversos factores de riesgo, inclusive al borde de los ríos donde puede haber crecidas estacionales. Se teme que en las zonas periféricas urbanas de Sudáfrica la inmigración repentina, fenómeno frecuente en otras regiones de África, traiga aparejada la desnutrición y la propagación de enfermedades contagiosas.

La atención se ha concentrado en los disturbios y la violencia de las zonas urbanas, olvidando de atender a las necesidades de la población rural. Incluso con un nuevo gobierno

democrático, hay pocas esperanzas de que la situación de los habitantes pobres de las zonas rurales mejore en los años venideros.

Programa nacional

Antes de la crisis de 1991-1992, la seguridad alimentaria nacional en Zambia ya había sido socavada por repetidos períodos de sequía en 1982-1984, 1987 y 1990. Tras un decenio de retroceso de la actividad económica, una buena parte de la infraestructura del país se encuentra en un avanzado estado de deterioro y siguen aumentando las tasas de empobrecimiento rural y urbano.

Se estima que la sequía afectó gravemente a unos 2.000.000 de habitantes de las zonas rurales, principalmente en las provincias meridionales, occidentales y orientales donde las pérdidas de la producción de maíz fueron del 40 al 100%. La mayoría de las comunidades afectadas se encuentran en zonas inaccesibles, lejos de las líneas de ferrocarril y de los caminos, y disponen de escasos servicios sanitarios.

Un aspecto peculiar de las operaciones llevadas a cabo en Zambia fue que comenzaron poco tiempo después del cambio de gobierno. Además, se habían fijado elecciones de autoridades locales poco tiempo después de iniciadas las operaciones de socorro. El gobierno electo decidió excluir el tema de las actividades de asistencia del debate político que tendría lugar en el marco de las elecciones locales.

En lo que respecta a los socorros alimentarios, se creó una organización interinstitucional, a escala local y nacional, denominada "Programa de Prevención de la Desnutrición" (PPD). La comisión nacional del PPD está integrada por representantes de los ministerios de salud y de agricultura, de las principales instituciones especializadas de las Naciones Unidas, como el UNICEF y el PMA, y de las ONG de las 26 zonas en que se dividió el país, a efectos de planificar la distribución de suministros. En cada una de estas zonas se designó una ONG "líder", encargada de coordinar

la labor de todas las ONG integradas en una comisión zonal del PPD. A fin de ofrecer un respaldo administrativo al programa, se creó una ONG llamada "Programa de Lucha Contra la Desnutrición" que cumple funciones de secretaría de la operación de socorros.

A través de esta estructura, más de 50 ONG de todo el país tuvieron acceso a unas 247.000 toneladas de maíz almacenadas en depósitos de distrito, y que fueron distribuidas a los 2.000.000 millones de afectados. En la secretaría se tramitaron rápidamente las solicitudes de abastecimiento, los pagos por concepto de transporte y demás gastos. La Comisión Nacional del PPD fue la primera experiencia funcional de un foro en el que un gran número de ONG, de organismos estatales e instituciones de las Naciones Unidas han mancomunado esfuerzos para hacer frente a una emergencia de proporciones nacionales. Los participantes institucionales fueron numerosos y diversos, desde pequeños hospitales de misiones, pasando por ONG internacionales, organizaciones locales y ministerios. Esta colaboración dio sus frutos y el clima de confianza que se instauró entre los donantes, el gobierno, las ONG y las instituciones especializadas de las Naciones Unidas permitió que las estructuras siguieran funcionando en la etapa de rehabilitación y planificación de las actividades de mitigación en las comunidades expuestas a nuevas sequías.

Se ha previsto un período de recuperación de dos años. Se atenderá prioritariamente a la rehabilitación de la agricultura y al restablecimiento de la seguridad alimentaria familiar y nacional. En el curso de la crisis las ONG crearon y pusieron en práctica diversos mecanismos que las habilitan para llevar a cabo actividades de captación y distribución de agua, así como actividades sanitarias, agrícolas y de desarrollo económico y social compatibles con sus propias prioridades y especialidades programáticas, al mismo tiempo que siguen trabajando en conjunto con diversos asociados para reducir la vulnerabilidad de las comunidades más expuestas a la eventualidad de futuras sequías.

*Brasil**Sequía inminente en el Sertão*

Las lluvias escasas y esporádicas caídas a comienzos de 1994 fueron un respiro efímero la región sigue expuesta a una larga sequía y la vulnerabilidad de las comunidades pobres empeora. Tras cuatro años consecutivos de precipitaciones insuficientes, la inseguridad alimentaria y la escasez de agua se generalizaron. En algunas zonas, el volumen de lluvias disminuyó hasta un 20%, situación particularmente delicada en un territorio cuyas reservas ácuas dependen casi totalmente de las precipitaciones. Hacia mediados de 1993, la mayoría de los municipios de del Sertão - región semiárida - se abastecían con agua potable transportada en camiones cisterna, y habían comenzado a aplicar programas de utilización restringida en favor de los más desfavorecidos. Se temía entonces que en 1994 hubiera una "sequía verde": los campos parecen recuperar la fertilidad pero luego, debido a la insuficiencia de lluvias los cultivos se pierden.

La población del Nordeste ha duplicado desde los años 1950, cuando la sequía devastó las comunidades de labradores. Se inició entonces un ciclo de lluvias insuficientes y pauperización en constante aumento, que ha sumido en la miseria a 12 de los 42.000.000 de habitantes de la región, cifra proporcionalmente elevada incluso respecto de la población del Brasil (156.000.000). Aun cuando muchos mercados de la región están bien provisionados, la mayoría de los habitantes de las zonas rurales tienen dificultades extremas para asegurar su alimen-

tación, porque la falta de lluvia ha reducido o anulado los ingresos obtenidos de las actividades agrícolas, hay penuria de semillas apropiadas para los cultivos de la región y en las pequeñas explotaciones se ha perdido entre un 60 y un 100% del ganado (bovino, ovino y porcino).

El Sertão, que algunos llaman "polígono de la sequía", comprende 9 Estados: Rio Grande do Norte, Paraíba, Pernambuco, Alagoas, Sergipe, Bahia, Ceará, Piauí, Maranhao y Minas Gerais. Situados inmediatamente al sur del Ecuador, están directamente sujetos a las fluctuaciones cíclicas del clima características de estas latitudes. Pero, tal como suele ocurrir en la mayoría de los desastres supuestamente "naturales", la falta de lluvias en el Nordeste brasileño sólo actúa como detonador de un desastre que no sería tal, si la población no estuviera ya fragilizada por diversos factores sociales, ecológicos y económicos.

El Nordeste es una vasta región de planicies y montañas poco elevadas en torno a la meseta de Borborema, situada entre las latitudes 3 y 12 grados sur, y que se extiende desde el Océano Atlántico hasta la cuenca del Amazonas. La economía de la región se sustenta en la agricultura, principalmente de mandioca, frijoles y maíz, además de otros cultivos comerciales (sobre todo en el litoral), y la ganadería. En el Sertao, que ocupa dos tercios del territorio del Nordeste, hay pocos ríos de caudal permanente, por lo que depende fundamentalmente de las lluvias.

El Nordeste es la región de mayor densidad demográfica del Brasil sep-

tentrional. La mayoría de la población está concentrada a lo largo de los 100 km del litoral, y se supone que un 70% vive en regiones afectadas por la sequía. Según datos estadísticos, los niños menores de 5 años representan casi un 20% de la población de la región, el porcentaje más elevado de todo el país. En la región también se registran los índices más altos de mortalidad al nacer y de crecimiento demográfico del Brasil.

Las inmensas diferencias entre el Nordeste y las demás regiones del país quedan claramente ilustradas por las tasas de mortalidad infantil (TMI) en los primeros doce meses. En 1986, la TMI en todo el Brasil fue de 160 por 1.000 nacidos, en el Nordeste, de 240 y en la región meridional, más rica, de 117. Puesto que se considera que desde entonces la TMI se ha reducido en los Estados del sur en una proporción mayor que en el Nordeste, la diferencia se sigue ahondando. Estas desigualdades se observan en todas las etapas de la vida: en 1990, la tasa promedio nacional de mortalidad entre 1 y 4 años fue de 60 por 1.000; 27,4 por 1.000 en el sur y 70,7 por 1.000 en el Nordeste. En 1980, la media nacional de esperanza de vida era de 60 años; en el sur, llegaba a 67 años; pero en el Nordeste era sólo de 51 años, y en algunas zonas, de apenas 44.

Uno de los rasgos de la sociedad brasileña es el inmenso abismo que separa a los ricos de los pobres. Según el documento *Semblanza Nacional del Brasil 1992-1993*, preparado por el Servicio de Estudios Económicos, "no cabe duda de que las diferencias de ingresos se han hecho más marcadas a partir de mediados de los años 1960, y especialmente desde el decenio de 1980." Así ocurre sobre todo en el Nordeste, donde el 75% de los niños y adolescentes viven en familias cuyo ingreso total es inferior a la mitad del salario mínimo nacional, y que en su gran mayoría no disponen de tierras de cultivo.

En el último período de sequía, que concluyó en 1985, el éxodo rural aumentó considerablemente: los campesinos abandonaron sus pequeñas parcelas tradicionales para partir en búsqueda de trabajo y

terminaban hacinados en las favelas periféricas de todas las metrópolis brasileñas. Cerca de 1.000 000 millón de habitantes del Nordeste optaron por el éxodo, fundamentalmente hombres, dejando a las mujeres al frente de las familias y las granjas.

Quienes decidieron quedarse tenían la oportunidad de disponer de algunas hectáreas de tierra pero, en general, los suelos son poco fértiles y pobres en agua. Los predios suelen alquilarse y hay muy pocas garantías respecto a la continuidad del derecho de explotación. Los pequeños agricultores del Nordeste se quejan a menudo del control ejercido por los grandes propietarios sobre la tierra, el agua, la comercialización de los productos, el crédito, la asistencia técnica y los fondos de ayuda al desarrollo; al mismo tiempo, las obras de irrigación financiadas por el erario público se concentran en determinadas zonas, beneficiando a los ricos terratenientes y a las empresas agroindustriales dedicadas al cultivo de frutas de exportación.

Los antecedentes que confirman la irregularidad de las precipitaciones en el Nordeste remontan, por lo menos, a la época de la colonización portuguesa. Ya en el siglo XVI, se hablaba de la región calificándola de "zona da seca" (zona de sequía). Los ancianos recuerdan varias de las sequías de este siglo, la última duró de 1983 a 1985. Pero la de 1958 tuvo consecuencias mucho más graves y en las pequeñas localidades del Estado de Ceará la gente moría en la calle. También se recuerdan las sequías de 1915, 1919 y 1934, pero no se dispone de datos fidedignos.

El análisis de los registros de precipitaciones del Estado de Ceará, que se empezaron a llevar desde hace poco más de cien años, revela la existencia de dos ciclos que duran 13 y 26 años respectivamente. Las peores sequías se producen cuando se combinan los efectos de ambos ciclos, cosa que ocurrió en 1934, 1958 y 1983.

La irregularidad de las lluvias repercute enormemente en la hidrología de la región. La mayor parte del agua utilizada en el Nordeste proviene de las represas y depósitos en que se recolecta el agua

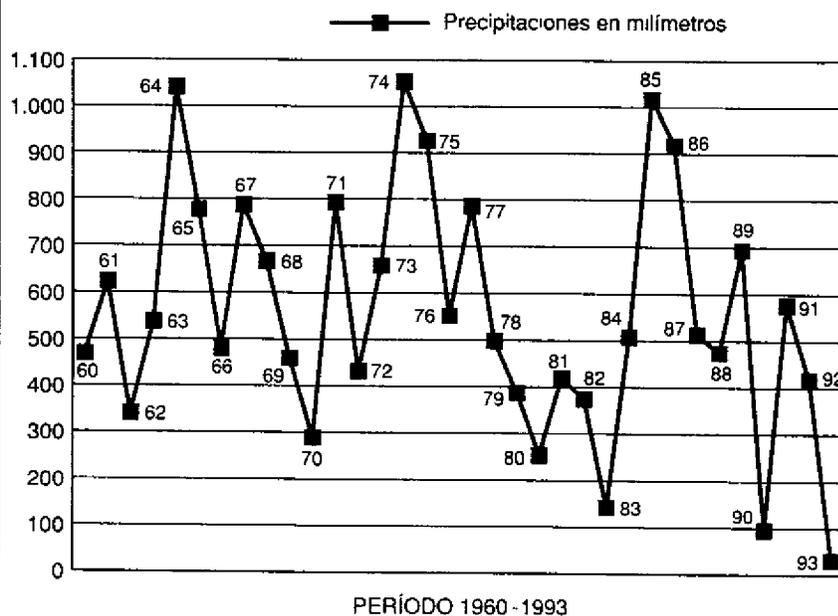
de las lluvias; algunos tienen el tamaño y la profundidad adecuados, pero la mayoría son tan solo grandes estanques poco profundos y propensos a una rápida evaporación. En circunstancias normales, el agua acumulada durante la estación lluviosa basta a satisfacer las necesidades de la población, pero si se suceden dos o tres años de lluvias insuficientes, este equilibrio se rompe

a medida que los estanques se van secando. La escasez de agua tiene, por supuesto, consecuencias angustiosas en la vida cotidiana, y contribuye a ahondar rápidamente la brecha entre la población urbana y la población rural, sobre todo en lo que respecta a las posibilidades de abastecimiento de agua potable impoluta.

El acceso al agua potable es uno de los indicadores más útiles en las

Precipitaciones en la represa Mariscal Dutra

Año	Milímetros	Año	Milímetros
1960	469	1977	786
1961	623	1978	499
1962	340	1979	387
1963	538	1980	254
1964	1.041	1981	419
1965	778	1982	374
1966	480	1983	142
1967	788	1984	508
1968	667	1985	1.018
1969	460	1986	918
1970	289	1987	514
1971	794	1988	475
1972	432	1989	694
1973	658	1990	95
1974	1.054	1991	577
1975	927	1992	418
1976	552	1993	31



Las curvas de tendencia de las precipitaciones en el Brasil indican la existencia de dos ciclos. La sequía de 1983 vino a coronar casi un decenio de disminución de las lluvias; la de 1993 se produjo tras ocho años de precipitaciones insuficientes.

Fuente: Registros meteorológicos regionales.

estadísticas de salubridad pública. A escala nacional, un 70% de los hogares brasileños dispone de agua potable: 89% en las zonas urbanas, tan solo 12% en las rurales y en el Nordeste el porcentaje es aún menor.

Esta situación incide directamente en las condiciones sanitarias de la población y en el caso concreto del Nordeste es muy similar a la de cualquier país subdesarrollado: las enfermedades transmisibles, y especialmente las diarreicas, son la causa principal de morbilidad y mortalidad infantiles, seguidas de cerca por las infecciones respiratorias agudas. Los índices de inmunización son elevados en todo el país, pero día tras día aumenta el número de casos de lepra, tuberculosis y leptospirosis, enfermedades directamente ligadas a las deficientes condiciones de higiene que predominan en las favelas y las zonas rurales.

El nivel de nutrición de la población (y especialmente de los menores de 5 años) es un indicador vital pero difícilmente observable; en la región no se dispone de datos actualizados y desglosados que generalmente se obtienen mediante programas de seguimiento del crecimiento infantil. Según el informe anual del PNUD de 1992, el 16% de los niños menores de 5 años sufren de desnutrición intensa, y un 8% de los recién nacidos son de bajo peso. En el informe de la UNICEF, Estado Mundial de la Infancia 1993, se habla

de un 11% recién nacidos de bajo peso, de un 2% de niños entre 12 y 23 meses con emaciación moderada o aguda y de un 15% de niños entre 24 y 59 meses con un retraso de crecimiento moderado o grave.

En las zonas rurales del Nordeste, la desnutrición es hoy un problema generalizado al que no se presta la atención debida. Los niños que presentan signos evidentes de desnutrición son tratados únicamente para evitar la deshidratación, y no benefician de un programa de alimentación complementaria bien establecido. Como ocurre en todos los países en desarrollo, la desnutrición obedece a un concurso de factores de índole diversa que ejercen un efecto amplificador recíproco.

La penuria alimentaria, tanto cuantitativa como cualitativa, es el factor predominante de la crisis. Las restricciones al suministro de agua y las deficiencias sanitarias aumentan la vulnerabilidad a la propagación de afecciones diarreicas. Además, muchos niños y adultos mueren de deshidratación porque no hay servicios de sanidad para prevenirla o tratarla a tiempo.

En la crisis anterior, el descenso constante registrado en la curva de mortalidad infantil en el Estado de Rio Grande do Norte se interrumpió, y la tendencia se invirtió a partir de 1983. Una vez terminada la sequía el deterioro de la supervivencia infantil se prolongó por varios años.

